

- Una historia real de EZU VULKAN -

Akan

Aventura en una
Granja ilegal de Marihuana


Viento del Abrego
EDICIONES

Índice

<i>Agradecimientos</i>	9
Prólogo	11
1. Serehna Akai	13
2. La Granja	31
3. La Cabaña	59
4. El Infierno	75
5. La Fuga	95
Reportaje Fotográfico	113

Agradecimientos

Tengo en el profundo sentimiento de dedicar éste libro en especial a mis padres, hermana y hermanos y todos los familiares, amigos y compañeros peludos que pudieron estar preocupados por mi ausencia sin saber de mi destino y fortuna en lo que duró la aventura.

He aprendido en el camino de mi vida que no se deben realizar aventuras por obtener algo material porque el destino pone gruesos muros para impedir tal objeto que no da la felicidad que uno espera tener al encontrarlo.

Sólo el amor por las personas, la naturaleza y los animales te llevan por el camino de la vida y eso es la verdadera libertad.

EZU VULKAN

Prólogo

Comienzo un viaje inesperado en busca del oro del S.XXI.

El trabajo en las granjas ilegales de marihuana en el estado de California es un punto caliente en los últimos años. Las granjas se camuflan en lo más profundo de La Selva, en lugares inhóspitos y peligrosos a merced de los depredadores salvajes que habitan el lugar. Multitud de jóvenes acuden a ellas por necesidad o aventura a cambio de una recompensa que equivale al trabajo de varios meses en su país. Un trabajo incierto y peligroso del que se oyen historias sorprendentes con diferente final, y algunos de ellos, jamás regresan a sus hogares desapareciendo en la nubosidad y frío de las montañas.

Si antes del viaje hubiera sabido que iba a poner en riesgo el camino de mi vida, probablemente lo hubiera realizado igual, solo por el hecho de haber tenido la oportunidad de conocer a un personaje tan entrañable y fiel que, en cierto modo, me salvó la vida. **Akån.**

28 de Octubre

Serehna Akai

Apenas han pasado cuarenta minutos desde que el auto me dejó en la entrada del pueblo, junto a un banco de madera bien custodiado por una docena de cuervos esperando robar algo de comida de los nuevos forasteros. Solo me bajé yo y otro chico muy bien camuflado al que casi no podía ver sus ojos y que rápido se perdió a lo lejos en la penumbra. Fueron seis interminables y extrañas horas de viaje desde San Francisco que no olvidaré jamás en una tierra que desconocía y en la que todo era nuevo y extraño para mí. Curiosamente no quedó nadie en el auto. Éramos los últimos. Por el camino se había ido bajando gente con el mismo aspecto que yo, forasteros solitarios con mochila y mudos.

Es tarde y todo está bastante oscuro. La neblina difusa y fría confunde el horizonte. Los afortunados farolillos de múltiples colores pardos y varios letreros de neón fluorescentes alumbran la calle a mi paso. Una única carretera principal divide el pueblo y distribuye a los lados las diferentes casetas de comercios, suministros y alguna vivienda solitaria. Todas las estructuras parecen estar construidas con materiales de la zona, principalmente madera, con diferentes estilos y colores ya viejunos. Es lo más parecido a un pueblo del Far West que podemos ver en las películas del oeste americano. Exploro la calle por uno de sus laterales de principio a fin. Todo está ce-

rado. Tardo unos minutos en llegar hasta el final y el pueblo prácticamente queda visto. Decido regresar por el otro lado de la calle que parecía más interesante y con vida.

Por la carretera principal circulaban grandes carros, la mayoría pick-up cargados de bombonas de gas y tanques de gasolina. Me cruzo con vampiros nocturnos como yo, con mochila y bien abrigados, con la cara cubierta, caminando lentos, silenciosos e inciertos. Cruzamos miradas y nadie habla con nadie, solo saludamos con un gesto. Se forman algunos grupos en las esquinas, charlando y tomando latas de soda y que apenas levantan la mirada. Al pasar junto a ellos reconozco varios idiomas, pero no me detengo y sigo mi camino. Dado mi objetivo lo mejor es mantenerme discreto y solo y así poder encontrar el trabajo milagroso. Sabía de antemano que para lograr un trabajo así de especial seleccionaban antes a personas individuales que rinden más y preservan mejor los secretos de la granja, ya sea legal o ilegal. En la carretera central circulan pueblerinos que deambulan en sus autos, observando el espectáculo como si ya supieran el final de la historia de cada personaje que circula por la calle. Parece que he llegado al pueblo que buscaba, del que no sabía su nombre y del que hablaban las historias que llegaron a mis oídos antes de comenzar el viaje.

Tras una hora caminando y haber recorrido todo el pueblo decido entrar al único lugar abierto donde parece que se puede tomar una cerveza fría. Dentro todo son caras sonrientes y risas, está abarrotado. En las mesas hay grandes grupos de jóvenes pisteando, cantando y comiendo. Mientras espero

en la cola para pedir mi pilsen observo como dejan buena propina en un bote de la barra, claro, ¡es sábado! y están celebrando el primer día festivo de la semana. Imagino que son todo granjeros y trabajadores disfrutando de su día libre derrochando los dólares que les habían pagado, pero en realidad no se nada, pues soy un forastero recién llegado y todo son conclusiones en mi cabeza.

Continúo silencioso y discreto. Me siento en la única mesa libre que hay junto a dos chicas muy simpáticas y que se ven fuera de onda, así que me tomo una cerveza para celebrar mi llegada a este enigmático lugar en medio de la nada. Aprovecho para ir al baño donde puedo abastecerme de dos rollos de papel higiénico que podrían ser útiles esta noche y retomo mi camino explorando el resto del pueblo. Se está haciendo bastante tarde. Deben ser las ocho o las nueve de la noche y todavía no tengo un lugar de cobijo donde poder recuperar las más de veinte horas que llevo sin dormir, viajando y exaltado por la sorpresa de un país desconocido y el misterio del lugar donde me encuentro.

Os preguntaréis por qué no pregunté en el bar si alguien me daba trabajo. Aparte que es día festivo y todos estaban disfrutando de la libertad sin pensar en nada más, el hecho de encontrarme con tantos forasteros por el pueblo buscando el mismo tipo de trabajo me hizo pensar que si algún granjero me necesitaba daría conmigo directamente, me pararía en la calle y me subiría a su carro. Así es como consiguieron el trabajo los amigos que me recomendaron venir aquí.

Camino unos diez metros y me encuentro en el estacionamiento del gas. Es el lugar donde repostan bencina, compran tabaco y alcohol y pueden cargar las bombonas de gas los habitantes de la zona. Podría decir que es como la plaza y kiosko del pueblo, es la parada obligatoria de todos los granjeros y pueblerinos con auto, y aquí, todos tienen auto. Parece un buen lugar para empezar mi solicitud de empleo. Si encontrara trabajo justo en este momento ya no me tendría que preocupar de buscar un lugar donde dormir. Pero no soy el único candidato, hay otros tres solitarios mochileros moviéndose en la zona esperando que alguien les lleve a su granja dorada y que no hacen más que acercarse a las ventanillas de los autos cada vez que uno se detiene y les concede la oportunidad de poder hablar. Estaban antes que yo así que respeto y les cedo la oportunidad de lo imposible y sigo mi camino hacia algún lugar. Avanzo tranquilo, sin prisa, esperando conductores, levantando un poco el brazo con los dedos firmes en actitud de *rider*. Algunos miran, pero nada, ni siquiera reducen la velocidad. Otros aceleran aún más al verme, con miedo a que les haga una señal.

La noche manda en este instante y creo que no es el mejor momento para encontrar un granjero dispuesto a contratarme. Después de un rato caminando sin recibir señas de atención, decido continuar por una carretera directa hacia el bosque más al este del pueblo en dirección norte, en lo que parece una salida secundaria. Imagino que conduce a las granjas escondidas en la montaña, aquí la gente vive diseminada entre árboles. Comienzo a alejarme. Sin darme cuenta estoy ya solo en

la oscuridad. Por suerte tengo buena visión nocturna, siempre he buceado en el mar con los ojos abiertos y por algún motivo eso me ha fortalecido la visión. Dicen que es debido a las sales minerales del mar, quién sabe. Debo encender la linterna o me caeré por el barranco que queda a mi derecha. Una cosa es intuirlo y otra es ver perfectamente, así también me verán mejor los autos que pasen a mi lado. Es una linterna pequeña, roja, con radio FM y se carga bajo el sol o con energía cinética. La batería está casi descargada, así que debo darle vueltas a la manivela para tener algo de luz parpadeante y ver donde piso mientras camino. Lo malo, es que dura poco. Por cada dos minutos de manivela me da un minuto de luz. El ronroneo del giro al cargarla me acompaña en el camino como un televisor mal sintonizado. Casi no pasan coches y los pocos que circulan van a más de ochenta kilómetros por hora en esta carretera de montaña con curvas cerradas. Algunos conductores están claramente afectados en su trip. Pasan gritando y cantando y otros que ni me quieren ver y debo echarme a un lado para no ser golpeado con el mataburros del pick-up. No para nadie y casi mejor.

Después de un rato, el frío bajo cero y una leve brisa comienza a molestarme. Voy dejando a los lados caminos directos a grandes casetas de madera en terrenos bien defendidos y oscuros, con letreros que dicen claramente *NO TRESPASSING, KEEP OUT!* adornados por alambradas con espinos y perros ladrando tras las vallas de sus casas, defendiendo la intrusión de cualquier forastero como yo. Una *van* pasa sin control y se mete de un brusco giro casi derrapando en una de las

granjas a mi izquierda, apenas a unos metros delante de mí subiendo la colina. No me han visto. Me detengo a observar escondido tras unos árboles a un lado de la cuneta. Sólo puedo ver las luces delanteras de la *van* entre grandes y frondosos árboles. Me quedo esperando por si son granjeros y quién sabe si pudieran necesitar mi ayuda. Se bajan tres tipos riendo en tono vacilón y escucho varios disparos. Inmediatamente me encojo, parece que están festejando algo en tono bastante violento para lo que yo estoy acostumbrado. Rápido pago la linterna y decido adentrarme en el bosque y buscar un lugar seguro donde poder dormir. Desciendo por una ladera saltando raíces de árboles enormes y hundiéndome en el suelo lleno de montones de hojas secas y manto pedregoso y leñoso. Casi es luna llena y con eso basta para ver los perfiles de los árboles y poder agarrarme a ellos y así evitar una caída que podría arruinarme la aventura.

El suelo estaba bastante húmedo y acolchado por las hojas caídas, no es el tipo de terreno al suelo estar acostumbrado. Llevaba conmigo una hamaca ligera verde militar que bien plegada apenas ocupaba un puño de una mano, y un fuerte saco de dormir pequeño de solo dos kilos de peso que mantenía caliente hasta los cero grados en el exterior. Me recomendaron, antes del viaje, bien conocido el frío en esta zona, llevarme una tienda de campaña pero eso suponía demasiado peso y espacio y no encajaba en mi pequeño macuto. Me gusta ir preparado y lo más ligero posible.

Me costó bastante encontrar un árbol que pudiera rodear con los brazos y atar la cuerda que tenía para colgar

la hamaca. Jamás me había enfrentado a unos troncos tan grandes en plena oscuridad y frío, pero finalmente lo conseguí. Luego enganché la mochila de una rama para aislarla del suelo húmedo y me introduje en el saco de dormir sobre la hamaca, colgado en la penumbra como un murciélago y con la cremallera del saco cerrada hasta las cejas, una braga polar que me cubría la boca y el gorro subido hasta las orejas.

Lo único que cené esa noche fue la cerveza de barril del pueblo. Me sentía un bicho más en el bosque, un gusano encogido en su saco de seda. Todo eran sombras en movimiento y destellos lunares, enormes hojas cayendo sobre mí y la más pura sinfonía de música selvática me rodeaba cantándome a su modo una terrorífica nana salvaje.

Desde que llegué al pueblo me sentía rodeado y perseguido por cuervos que merodeaban la zona y aquí habitaban entre árboles graznando en la oscuridad durante toda la noche.

Curiosamente eso me relajaba. Me dormí en pocos minutos aunque desperté varias veces durante toda la noche. El frío y la sensación continua de que algo se acercaba me mantenía en alerta. Al final pude dormir un par de horas seguidas hasta el alba.

Desperté con la primera luz del sol vagando entre largos troncos de árboles y con el sonido de un riachuelo de fondo que curiosamente en la noche no alcancé a percibir. Tenía el cuerpo empapado del sudor de la mañana y rápido me puse en pie.

No alcanzaba a ver la maravilla que me tenía rodeado. Un espectáculo de árboles que llegaban hasta el cielo. Los troncos

de corteza vertical y oscura eran tan gruesos como las columnas del *Partenón*. Había uno especialmente grande que ni el humano con los brazos más largos podría rodear. Sin duda había dormido en medio de un bosque de secuoyas, eso era emocionante, jamás lo hubiera imaginado.

En la mochila tenía unas tabletas proteínicas que había comprado en una farmacia de la ciudad antes de emprender el viaje. Hambriento me comí la mitad de una de ellas y ese fue mi desayuno. Llevaba poca comida como para sobrevivir dos o tres días racionando y trescientos veinte dólares en efectivo bien guardados junto al pasaporte y en un bolsillo secreto del pantalón térmico. Después de ingerir la proteína me sentía un vikingo renacido, daría lo que fuera por un café caliente.

Caminé por el bosque acariciando cada tronco y observándolos al detalle para nunca más olvidar esa belleza que siempre había soñado ver y que encontré por pura casualidad del destino.

Llegué hasta la carretera principal donde anoche festejaban con disparos, debía seguir mi camino por el lateral que había abandonado la noche anterior. Ahora cuesta abajo en pendiente y dejando a mi derecha el curso de un gran río que me acompañaba en todo el trayecto. Poco a poco me estaba alejando del pueblo, pensé que por aquí habría alguna granja interesante. Apenas transitaban coches en esta carretera, claro que era domingo, día festivo y apenas serían las siete de la mañana, el pueblo estaría intentando recuperarse de la cruda de anoche. El valle se abría y muy al fondo quedaban las grandes montañas.

Me estaba alejando del pueblo cada vez más. Podía ver muchas granjas, pero ninguna del estilo que pensaba encontrar. No era el mejor día ni la mejor hora para buscar trabajo así que me limité a caminar y explorar un poco para conocer la zona. Tras una hora de paso tranquilo observando cada detalle a mi alrededor, una *van* estilo *A-Team* se detiene varios metros frente a mí y se echa a un lado en la carretera. Yo seguía avanzando en la misma dirección pero al otro lado del asfalto y guardaba cierta distancia con respecto a ella y sin perderle ojo pues me parecía sospechoso que a esas horas y siendo festivo le pudiera interesar a nadie. Continuaba acercándome a la *van* y nadie se bajaba del auto plateado.

Tenía una ventana esférica cristalina en su parte trasera como si fuera un submarino y una raya azul que cruzaba de lado a lado. En esos cincuenta metros que me separaban de la *van* me hacía muchas preguntas. ¿Será de un granjero?....¿me dará trabajo?. Incluso tenía esperanzas que hablase algo de castellano para facilitar la comunicación. Cuando ya estaba a la misma altura de la *van* y aun sin bajarse nadie del vehículo decidí acercarme con mucha precaución. La conducía un tipo de pelo canoso que miraba hacia abajo con actitud indiferente. Me detuve justo frente a él y entonces bajó la ventanilla automática y levantó un poco la mirada. El tipo no quería mirarme directo a los ojos por alguna razón, como si le diera vergüenza o quisiera esconderme algo, eso me generó desconfianza y precaución así que di medio paso atrás. Su barba longeva delataba su edad rondando los cincuenta, con sudadera negra tipo motero y un poco desalineado, la verdad. Estilaba al típico

hombre americano que puedes ver en los programas de cazadores de lagartos. Aunque no hablábamos el mismo idioma nos entendimos perfectamente, le mostré mis manos y le dije que buscaba trabajo. No fui directo al tema tabú, pues sabía que contratar trabajadores sin permiso es ilegal en este país de leyes, así que no hacía falta dar muchas pistas. Él sabía perfectamente lo que yo estaba buscando, o quizás no.

Le dejé claro que quería trabajar en trimming, legal o ilegal no me importaba, esa era la palabra clave. Entonces me di cuenta que el no era granjero, por lo menos no el tipo de granjero que yo estaba buscando. Es probable que tuviera vacas, pero eso no me interesaba en absoluto. El tipo patillesco quería que le hiciera otro tipo de trabajo, os podéis imaginar...

Quería compañía, debía venir de fiesta y un joven como yo le bastaba. Inmediatamente y bastante sorprendido negué con la cabeza una sola vez de lado a lado y continué mi camino sin mediar más palabras. Mientras me alejaba de la *van* le daba muchas vueltas a la situación y procuraba estar preparado para lo que pudiera ocurrir a partir de ese momento. Tras avanzar treinta metros giré un poco la cabeza y él seguía allí. Se quedó como quince minutos parado en la *van* observándose como quien no sabe donde ir, quizás esperando que yo me arrepintiera y aceptara su oferta, hasta que yo desaparecí en el horizonte.

En ese momento me di cuenta que debía andar con mucho cuidado. Parece que los pueblerinos se aprovechan de turistas perdidos y desesperados, algo había oído, es otra cultura y un ambiente especial de nuevos ricos ilegales y

realmente salvajes, sin respeto, armados y algunos bastante locos y enganchados a la cocaína y cualquiera les bastaba para darse un chapuzón.

Antes de venir me contaron historias para no dormir. De esto también me percaté al final del viaje, cuando en el único supermercado del pueblo quedé atónito observando en una pared de anuncios locales carteles de jóvenes extranjeros que estaban desaparecidos en el pueblo y por toda California, y que sus familias los estaban buscando desesperadamente. En ese instante puse pies en la tierra. Caminé dos horas y ya todo a mi alrededor era más bonito. Un gran río que cruzaba una llanura y pequeñas casas y granjas ligeramente escondidas entre los árboles. Bajé al río y pude refrescarme un poco. En aquel lugar no podía haber granjas de maría, pues quedaban demasiado apetecibles y para nada aisladas. No parecía ser el camino que debía seguir y decidí volver de regreso al pueblo y tomar otra salida. Me costó mucho tomar la decisión, pues no suelo retroceder en mis pasos, pero esta vez lo hice y así es como comenzó la aventura.

Llegué de nuevo al pueblo por el mismo camino por donde había venido la noche anterior ya descansado y con más ganas de tomar un litro de café caliente. Serían las diez de la mañana, lo supe por el ticket del desayuno que me tomé en uno de los bares del pueblo que constaba de unos huevos fritos con frijoles, medio aguacate, pan de avena y una cafetera entera a mi disposición, con abundante crema de leche y sentado en la típica barra americana. Antes de llegar a América detestaba el café americano y realmente no lo había probado,

pero sabía que era bastante aguado, hasta ese preciso instante que le fui cogiendo el gusto, calidad por cantidad. Claro, después del café fui directo al baño y luego de nuevo en la calle en busca de trabajo.

Ahora la calle brillaba con una luz diferente, este pequeño pueblo se veía más apetecible e interesante a plena luz de un sol tímido. Me encontraba en medio de una jugosa ensalada de mochileros forasteros, más hombres que mujeres, aunque con ese camuflaje difícilmente les podía distinguir. Subían y bajaban la calle mezclados en la vida local de un día festivo. Decidí entonces ir a la entrada del pueblo más al norte, donde había un ramal de caminos asfaltados en diferentes direcciones. Parecía un buen lugar donde hacerme llamar la atención y no tenía tiempo que perder, ahora con la tripa llena saqué fuerzas para lo imposible.

En ese cruce de caminos es donde encontré un grupo de señales cuál medallones y sobre ellas por fin pude leer *Welcome to Garberville*. Es obvio que por el tipo de historia que estoy contando no puedo desvelar todos los nombres reales de lugares y personas. En su lugar inventaré otros que se asemejan lo más posible para evitar la localización exacta de las granjas y sus responsables. El que ha estado aquí ya sabe perfectamente donde estoy, en el corazón de un auténtico cocido cannábico.

Llevaba encima un marcador, así que me las ingení para hacer un cartel poco usual con los recursos que tenía, cortando con la navaja china las letras *WORK* sobre un cartón que encontré tirado en la cuneta junto a un contenedor. Seguido pegué unos folios blancos por detrás usando dos de las tres